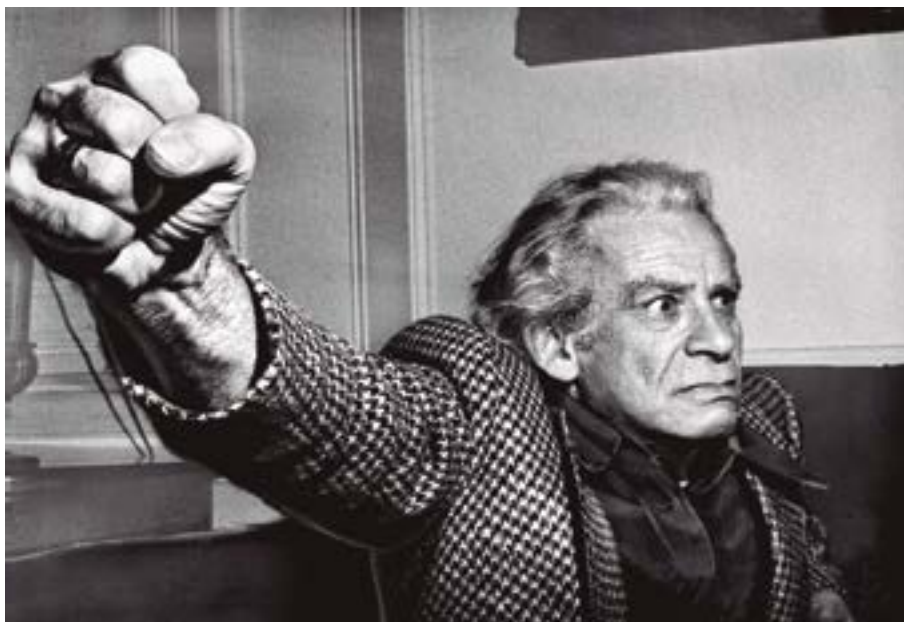


Sobre Samuel Fuller

SAMUEL FULLER. LA EMOCIÓN DEL INCONFORMISMO



Se dice que si no te gustan los Rolling Stones, entonces no te gusta el rock & roll. Del mismo modo, yo pienso que si no te gustan las películas de Sam Fuller, entonces no te gusta el cine. O al menos no lo entiendes. Sí, las películas de Sam son bruscas, de aliento *pulp*, en ocasiones crudas. Pero eso no son defectos. Son sólo reflejos de su temperamento, de su formación periodística y de su sentido de la urgencia. Sus películas son un perfecto reflejo del hombre que las hizo. Cada cuestión está subrayada, en cursivas y en negrita, y no es producto de la crudeza, sino de la pasión. Y de la ira. Fuller encontró muchas cosas en este mundo hacia las que sentir ira. Para el hombre que hizo *Cuarenta pistolas*, *Bajos fondos* o *Manos peligrosas* no había tiempo

alguno para palabras remilgadas. Hay grandes dosis de sofisticación y de sutileza en esas películas, y todo está puesto al servicio de trasladar la emoción a la pantalla. Cuando reaccionas ante un film de Fuller, estás reaccionando ante el cine en su esencia. La moción es emoción. Las películas de Fuller nos mueven convulsa y violentamente. Como la vida cuando se vive con pasión genuina.

Nunca olvidaré la primera vez que coincidí con Sam. Fue a principios de los años setenta, en Los Angeles, justo después de una proyección de *Cuarenta pistolas* que yo había organizado. Cuando la película terminó, empezamos a conversar, y no pudimos detenernos. Al llegar la hora de marcharnos, seguimos hablando mientras caminábamos hacia nuestros coches. Y cuando llegamos allí, todavía seguíamos charlando. Él empezaba a contar una historia, que le llevaba a otra historia, que a su vez le llevaba a otra historia totalmente distinta. Podríamos haber conversado durante toda la noche.

Fuller era una de esas contadas personas que podía tanto relatar como hacer una gran película. La mayor parte de las personas pueden hacer una cosa o la otra, pero Sam podía hacer ambas. Recuerdo una vez en la que él y Christa vinieron a cenar a mi casa. Sam comenzó exponiendo una idea que tenía para una película en la que no habría nada excepto objetos, y en cómo extraer las emociones a partir de esos objetos. Fue absolutamente hipnótico. Si alguien podría haber hecho una película así, ese era Sam.

Las películas de Sam tenían una fuerza que hacía saltar por los aires todos los clichés de cualquier tema con el que estuviera tratando. No hay emociones de saldo en sus películas. Siempre estaba intentando penetrar en lo impenetrable, bien si era un asunto tan amplio como la inhumanidad de la guerra o la injusticia del racismo, o, en un nivel más íntimo, la sed de poder o el contagio de la paranoia. En las películas de Sam, no hay distinción entre lo personal y lo político, ambos forman parte de un *continuum* de experiencia humana. Pienso que fue uno de los artistas más valientes y profundamente morales que el cine ha conocido. Es por eso que sus películas bélicas – *A bayoneta calada*, *Corredor hacia China* o *Uno Rojo: división de choque*– son las más auténticas, las menos sentimentales y las más duras que he visto.

El niño que encuentra el cuerpo de su padre en el callejón y clama venganza con el puño en *Bajos fondos*. El consistente plano panorámico que acompaña a Gene Evans hasta la calle mientras golpea a su adversario en *Park Row*. La triste, solitaria muerte del soplón de Thelma Ritter en *Manos peligrosas*. Son momentos de pura, cruda emoción, como nada que se ha visto en películas, creados por un artista único. He querido a Sam Fuller como cineasta, y para mí es imposible imaginar mi trabajo sin su influencia y su ejemplo. Llegué a quererle igualmente como amigo. ●

Martin Scorsese
Director de cine

Textos extraídos del prólogo escrito por Martin Scorsese para el libro *A Third Face: My Tale of Writing, Fighting and Filmmaking*, de Samuel Fuller, Christa Lang y Jerome Henry Rudes (Applause Theatre & Cinema Books, 2004)